¡EL REY HA MUERTO!, ¡VIVA EL REY!: JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

Eduardo Zamora y Caballero



AL DISTINGUIDO CTOR

DON EMILIO MARIO.

En prueba de gratitud y aprecio, su afectísimo amigo

El Autor.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comebia más.
La piedra de toque.
No mateis al alcolde.
¡El rey ha muerto!... ¡Viva el rey!

APROBADO POR LA CENSURA.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA.	SRA. SANZ.
SOLEDAD.	HIJOSA.
DON FERNANDO.	SR. MORALES.
DON PEDRO..	VIVANCOS.
JULIAN.	MARIO.

La accion se supone en un pueblo de Castilla.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada. Puertas á la derecha, á la izquierda y al foro.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD.—JULIAN.

Este aparece sentado en un sillon: aquella entra por el foro, dirigiéndose á la puerta de la derecha. Julian al verla se levanta y la detiene.

JULIAN. (Vaya un garbo de muchacha!)
Buenos dias, Soledad.
SOLED. Téngalos usté muy buenos.
JULIAN. Gracias.
SOLED. No hay de qué, Julian.
(*Un momento de pausa, como si Soledad aguardara á que Julian la dijera algo: viendo que permanece callado, dice haciendo ademan de marcharse.*)
Tengo que hacer... Hasta luego.
JULIAN. (*Deteniéndola.*)
Cómo! Se marcha usted ya?
(No me atrevo... Soy un bestia!)
Yo la queria á usté hablar...
SOLED. Hable usted que ya le escucho.
JULIAN. (*Como resolviéndose.*)
Cómo está usted, Soledad?

SOLED. Yo, gracias á Dios, muy buena.
Y usted?
JULIAN. Yo sin novedad.
SOLED. Y era eso lo que usted
tenía que preguntar?
JULIAN. No señora... (No me atrevo.)
Ustedes cuándo se van?
SOLED. No lo sé. Mi ama ha tomado
tal apego á este lugar!
JULIAN. Pues!... Lo mismo que mi amo.
Todos los dias está
diciendo que nos marchamos
y nunca echamos á andar.
SOLED. Tiene usted muchos deseos?
JULIAN. Yo... ni pizca, Soledad.
(Lo dicho... yo no me atrevo...
Si soy lo más animal!)
SOLED. Su señor de usted tan triste?...
JULIAN. Ay, hija, eso es por demás.
Y doña Emilia?
SOLED. La pobre
sin poderse consolar.
JULIAN. Queria mucho á su esposo?
SOLED. Si he de decir la verdad,
regañaban dia y noche.
JULIAN. Pues... á qué tanto llorar?
Aunque no debe extrañarme,
pues don Fernando Almazan,
mi amo, que en ese cuarto
há un mes que gimiendo está,
tampoco sufrir podia
á su difunta mitad.
Se odiaban cordialmente.
SOLED. Pues mis señores, Julian,
puedo dar fé de que no
se podian aguantar.
JULIAN. Entonces el sentimiento
que ambos demostrando están
es porque les hace falta
alguien con quien regañar.
Y... doña Emilia, es muy jóven?
Yo no la he visto jamás.
SOLED. Tiene veinticinco años,

buena cara y buen caudal.
JULIAN. Pues no faltarán al muerto
sustitutos.
SOLED. Sí que habrá.
JULIAN. Ay! Por qué no es usté viuda!
SOLED. Porque soy soltera.
JULIAN. Ya.
La razon es poderosa,
pero en fin... ay! Soledad!
quién fuera viudo!
SOLED. Usted?
JULIAN. Sí.
SOLED. Vaya un afan de enviudar.
No está usted bien de soltero?
JULIAN. No señora: estoy muy mal.
SOLED. Pues cásese usted.
JULIAN. Casarme?
Esa es la dificultad.
SOLED. Pues si usted no la resuelve...
JULIAN. Yo... yo... (Soy un animal.)

ESCENA II.

DICHOS.—DON PEDRO, foro.

PEDRO. Hola! Estais aqui, muchachos?
SOLED. Yo creo que si señor:
JULIAN. Y yo tambien.
PEDRO. Pues celebro
tengais la misma opinion.
Y... qué tal os va en la aldea?
SOLED. (*Mirando á Julian con cierto despecho.*)
Yo por mi, deseando estoy
que marchemos á la córte
para no volver.
JULIAN. (*Tambien con despecho.*) Y yo,
juro á usted que cuando vuelva
á ver la Puerta del Sol,
me voy á dar, de alegría,
en la fuente un chapuzon.
PEDRO. Pues haceis mal. Este pueblo

es muy sano. Cuando yo
lo elegí para poner
mi casa de curacion!
Ya veis si tendré sabido,
yo que soy todo un doctor,
lo á propósito que es esto
para recobrar el don
precioso de la salud.

SOLED. Diga usted señor doctor,
¿ha habido muchos enfermos,
desde que usté estableció
esta casa?

PEDRO. No han faltado.

JULIAN. Mas cuántos ha habido?

PEDRO. Dos.
La señora de tu amo...

SOLED. Y de mi ama el señor?

PEDRO. Justo; sólo hace tres meses
que estoy en el pueblo yo,
y sólo esos dos señores
fiaron su salvacion
á mis científicas manos.

SOLED. Pues don Pedro, por quien soy
los ha curado usted bien!

JULIAN. Cierto. A los dos los mató.

PEDRO. Cómo? Insolente!

JULIAN. Me marcho,
no sea, señor doctor,
que se le antoje curarme
y me envie á ver á Dios. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

SOLEDAD.—DON PEDRO.

PEDRO. Soledad, te gustaria
ser médica?

SOLED. No señor:
quiere usted algo?

PEDRO. Un doctor
es tambien hombre, hija mia...

SOLED. Bueno... no digo que no.
Qué es un doctor?

PEDRO. Criatura!
El que á los enfermos cura,
por ejemplo, como yo.
El que fuerte con su ciencia,
siempre contra el mal én guardia,
es constante retaguardia
de toda humana dolencia.
El que á todo ciudadano
desea ver padecer...
tan sólo por el placer
de ponerle bueno y sano.
El invicto campeon,
que con la muerte pelea
y en combatir se recrea
al tifus y al sarampion.

SOLED. Vaya unas ocupaciones!

PEDRO. (Al grano.) Soledad, dí,
no se ha hecho sentir en tí
el fuego de las pasiones?

SOLED. Si usted no habla castellano
yo no le entiendo.

PEDRO. Que no?
Pues puedo explicarme yo
de modo más liso y llano?
Una pasion... estás?... pues,
como quien dice... comprendes?

SOLED. No señor.

PEDRO. Pues si no entiendes
mi relato inútil es.

SOLED. (Estoy corriendo un bromazo!)

PEDRO. (*Despues de reflexionar un momento.*)
Escúchame, Soledad,
yo siento necesidad...

SOLED. De qué?

PEDRO. De darte un abrazo.
(*Don Pedro va á dar un abrazo á Soledad: esta le da un bofeton.*)
Ay, qué inconsideracion!
Yo necesidad sentia...

SOLED. Y yo tambien la tenia
de dar á usté un bofeton. (*Pausa.*)

SOLED. Don Pedro, tengo que hacer.
PEDRO. Con que me desprecias?
SOLED. Yo,
no señor.
PEDRO. Pues me amas?
SOLED. No.
PEDRO. Qué mas quiero yo saber?
Yo recibí sin enojo
un bofeton de tu mano,
dame otro por San Ponciano,
pero da un poco mas flojo.
Mírame amante á tus piés,
aunque ya sé que me humillo,
y da en el otro carrillo. (*Se arrodilla.*)
SOLED. Adios.
PEDRO. Oye. (*Conteniéndola.*)
SOLED. Hasta despues. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, solo.

(*Levantándose.*) Ay, Esculapio y Galeno,
cerrad los ojos al punto,
para no ver el oprobio
de vuestro infeliz alumno.
Desdichada suerte mia,
yo indignado te repudio,
ya que ayudarme no acudes
cuando miras lo que sufro.
Un bofeton y un desaire,
que son dos desaires juntos,
recibí de una criada
avergonzado y confuso.
Ay! doncellas de mi vida,
caro haceis pagar el gusto
de ver vuestro lindo palmo
de seducciones conjunto.
Doncellas, yo que os adoro,
yo que por do quier os busco,
y jamás logro encontraros,

hoy presa de mi disgusto,
con indignacion severa
del corazon os expulso. (*Pausa.*)
Me voy á dar un paseo.
(*Mirando hácia la puerta de la derecha dice con entonacion dramática.*)
Soledad, yo te repudio. (*Vase por el foro.*)

ESCENA V.

DON FERNANDO.—Luego EMILIA.

FERNAN. (*Sale por la izquierda vestido de luto y con aire triste y pensativo.*)
Dominando mi dolor
de Julian me ocuparé,
y hablaré á esa triste viuda
tan solamente por él.
EMILIA. (*Sale por la derecha, tambien triste y vestida de luto. No repara en don Fernando hasta que este la saluda.*)
Voy á distraerme un poco.
FERNAN. Señora, á los piés de usted.
EMILIA. Caballero!...
FERNAN. Usted perdone
si molesto llego á ser.
EMILIA. De ningun modo. (¡Qué triste!)
FERNAN. (Qué infortunada mujer!)
Está usted mas consolada?
EMILIA. Ay! eso no puede ser.
Y usted?
FERNAN. Yo creo imposible
el consolarme.
EMILIA. Lo sé.
FERNAN. La mujer que yo he perdido!
EMILIA. El esposo que yo amé!
FERNAN. Mucha mujer era aquella!
EMILIA. Ay! y mucho hombre aquel!
FERNAN. (Pues es muy guapa esta viuda.)
EMILIA. (Aunque en él no reparé
tiene muy buena figura.)

FERNAN. Señora...
EMILIA. Qué quiere usted?
FERNAN. Perdone usted si me atrevo
á hablarla y á...
EMILIA. No hay de qué.
FERNAN. (Y es amable.)
EMILIA. (Y es cumplido.)
FERNAN. (Tiene la viuda un aquel...)
Señora, el traje de luto...
EMILIA. Qué?
FERNAN. La sienta á usted muy bien.
EMILIA. Ay, si mi esposo me viera!
FERNAN. Si me viera mi mujer!
EMILIA. Usted tenía que hablarme?
FERNAN. Sí, señora.
EMILIA. Empiece usted.
FERNAN. Señora, es usted muy guapa!
EMILIA. Muchas gracias.
FERNAN. No hay de qué.
EMILIA. Qué mas?
FERNAN. Yo tengo un criado.
EMILIA. Yo una doncella.
FERNAN. Lo sé.
digo... lo supongo.
EMILIA. Bueno;
y que más?
FERNAN. Por ella, el
está... ¿la he dicho á usted antes
que es usted muy guapa? eh?
EMILIA. Creo que sí.
FERNAN. Pues no importa;
vuelvo á decirlo otra vez.
EMILIA. Caballero, si usted sigue
de ese modo...
FERNAN. Qué?
EMILIA. Me iré.
FERNAN. Perdone usted.
EMILIA. Perdonado.
FERNAN. Pero no se vaya usted.
EMILIA. Me quedo.
FERNAN. Pues continúo.
Mi pobre Julian, que es
un criado como hay pocos,

limpio, servicial y fiel...
Tiene usté un perfil divino.

EMILIA. Caballero... (*Con ademan de marcharse.*)

FERNAN. (*Conteniéndola.*) Me olvidé.
Mi criado aquí metido,
no sabe el pobre qué hacer
y ha pensado enamorarse.
Señora, tiene usté un pié
capaz de resucitar
al difunto.

EMILIA. Aún otra vez?

FERNAN. Dispénseme usted señora.

EMILIA. Y cuidado con volver.

FERNAN. Pues Julian por Soledad...
Se llama Soledad, eh?

EMILIA. Si señor.

FERNAN. Pues siente el pobre
un poco de amor y de...
Quiere ir á la vicaría,
quiere casarse despues,
y quiere quererla mucho
y que ella le quiera á el.

EMILIA. Pero nosotros con eso
nada tenemos que ver.

FERNAN. El es muy corto de genio
y yo por él me encargué
de hacer saber á su amada
su cariñoso interés.

EMILIA. Pues yo se lo diré á ella.

FERNAN. Mucho lo agradeceré.

EMILIA. Hasta luego.

FERNAN. (¡Qué mirada!)
Lo dicho! Me gusta usted.
(*Vase Emilia por la derecha.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO.—JULIAN.

FERNAN. (*Ensimismado hasta que se dirige á Julian cuando lo marca diálogo.*)
Pues señor, me gusta mucho,
muchísimo.

JULIAN. (*Saliendo por la izquierda.*)
A mi tambien.
FERNAN. Tiene una gracia, unos ojos!...
JULIAN. Los ojos tienen que ver.
FERNAN. Y parece muy modesta.
JULIAN. Yo lo creo que lo es.
FENAN. ¿De quién hablas, majadero?
JULIAN. Toma! de quién ha de ser?
de la misma que usted dice.
FERNAN. De la misma?
JULIAN. Ya se vé,
como que la quiero mucho.
FERNAN. Tú la quieres, Julian?
JULIAN. Pues!
Acaso es costal de paja?
FERNAN. De paja!... qué lo ha de ser!
Pero es mucho para tí.
JULIAN. Mucho, señor?
FERNAN. Eso es.
JULIAN. (A que me birla la novia?)
Pues señor, yo creo que
aunque sea mucha hembra,
á mí me vendrá muy bien.
FERNAN. Pero cómo ha de quererte?
JULIAN. Por qué no me ha de querer?
Soy tan mal mozo?
FERNAN. No digo!
JULIAN. Jóven.
FERNAN. Si.
JULIAN. Pues ya ve usted.
FERNAN. (¿Es posible que la viuda
ame á este zafio?)
JULIAN. (La erré,
con encargar á mi amo
que me buscara mujer.)
Ya dije á usted que la amaba.
FERNAN. Hombre, pero yo pensé
que era la otra...
JULIAN. La otra?
Señor... le parece á usted?
(Creyó que era doña Emilia.)
Nunca en tal cosa pensé.
FERNAN. Pues no picas poco alto.

JULIAN. Ah, si señor, soy buen pez.
FERNAN. (Y lo confiesa el tunante!
Qué capricho de mujer!)
JULIAN. Yo creo que ella me quiere.
FERNAN. (Por eso con esquivez
oyó mis galanterías.
De convencerlo veré.)
Hombre, un muchacho tan jóven,
ya de caer en la red,
debe aspirar por lo ménos
á una doncella.
JULIAN. Pues qué?
ha sabido usted acaso?...
FERNAN. Y tú lo debes saber.
El otro...
JULIAN. Con que hay un otro?
(Pues iba hacer buen papel.)
Pero señor qué mujeres!
FERNAN. Hombre, Julian, tú ya ves
que eso no tiene de extraño
nada.
JULIAN. Que no, dice usted?
FERNAN. En las mujeres que han sido...
JULIAN. (Que habrá sido esa mujer?)
FERNAN. (Creo que está algo perplejo.)
Me marcho, piénsalo bien.
JULIAN. (Yo no sé lo que me pasa.)
FERNAN. (Qué capricho de mujer!
Y es muy guapa... En cuanto á eso
yo aseguro que lo es.) (*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

JULIAN.—A poco SOLEDAD.

JULIAN. Dios mio, será verdad,
lo que ahora mismo he sabido?
Con que Soledad ha sido...
Que habrá sido Soledad?
SOLED. (*Por la derecha.*) Aquí está, muy buenos dias.
JULIAN. (*Con despego.*) Felices.

SOLED. (*Con coquetería*) Ya mi señora
me ha dicho que...
JULIAN. (A buena hora,
viene con zalamerías.)
Soledad, todo lo sé. (*Con tono amenazador.*)
SOLED. Y yo tambien.
JULIAN. Ya lo creo,
pero no haré el papel feo
que me destinaba usté.
SOLED. Un papel?
JULIAN. Papel de estraza.
Cómo se encuentra el galan?
SOLED. No le entiendo á usted, Julian.
JULIAN. Yo me entiendo. (Mas cachaza...)
No tiene usted que fingir,
ya todo lo averigué
y sé que usté ha sido...
SOLED. Qué?
JULIAN. Qué? No lo quiero decir.
SOLED. (Ay Dios, que se ha vuelto loco.)
JULIAN. En ciego furor me abraso.
SOLED. Mas qué he sido yo?
JULIAN. Es el caso
que yo no lo sé tampoco.
Y qué lástima!
SOLED. De qué?
JULIAN. Es usted tan linda, tanto!
SOLED. (Qué causará su quebranto?)
JULIAN. Soledad, qué ha sido usté?
SOLED. Fuí á la córte, años atrás,
y mi corazon de artista,
me obligó á entrar de corista.
JULIAN. Basta, no diga usted más!
SOLED. Mas, desgraciada he nacido,
me obligó mi suerte fiera,
á tomar otra carrera...
JULIAN. (Y no sabe lo que ha sido?)
No siga usted, infeliz,
por la huella del pecado,
tiene usted bien señalado
el lomo de la nariz.
SOLED. Julian, esta fué mi estrella...
Por la miseria acosada...

JULIAN. Es verdad... qué desdichada!
SOLED. Senté plaza de doncella.
Y en ella esperando estoy
que se presente un marido.
Ya sabe usted lo que he sido...
JULIAN. Si señora.
SOLED. Y lo que soy.
JULIAN. Demasiado que lo sé.
SOLED. Y ahora, si usted me oyera...
JULIAN. Qué?
SOLED. Julian, yo le dijera
además lo que seré.
JULIAN. En empezar tarda mucho.
(Veremos si se arrepiente.)
SOLED. Puesto que usted lo consiente,
escúcheme usted.
JULIAN. Escucho.
SOLED. Si al fin me llego á casar...
JULIAN. (Que lo dudo.)
SOLED. Mi alegría
será, Julian, á fe mia
en mi marido adorar.
Siempre á su cariño fiel
le mimaré cariñosa
y trabajaré hacendosa
solamente para él.
Nada de riñas ni afanes
tendrá por mí que sufrir,
y dejaré de asistir
al baile de Capellanes;
donde evitando deslices
he sido, y hablo de veras,
encanto de los horteras
y envidia de fregatrices.
Si por causa baladí
mi esposo padece un dia,
le volveré la alegría.
JULIAN. Cómo?
SOLED. (*Con coquetería.*)
Mirándole así.
JULIAN. (Ay que mona!...) Soledad!...
SOLED. Qué?...
JULIAN. Nada... nada... (Estoy loco.)

SOLED. (No acaba de hablar.)
JULIAN. (Por poco
hago una barbaridad)
SOLED. (*Continuando.*)
Y si al fin... (*Queda cortada.*)
JULIAN. Qué?
SOLED. Dios nos da
hijos, antes que á su madre
les haré amar á su padre...
JULIAN. (Dios eterno... ¿mentirá?)
SOLED. Por él me desviviré
con insistencia afanosa.
JULIAN. (Pues señor es muy graciosa.)
Soledad!...
SOLED. Qué quiere usté?
JULIAN. Mi señor... (Soy un besugo...)
SOLED. (*Con coquetería.*)
Mi señora.
JULIAN. (Zalamera!
Mas suceda lo quiera...)
SOLED. Antes me dijo...
JULIAN. (*Resolviéndose.*) (Apechugo.)
Diria que esos ojuelos
me han trastornado el cacúmen
y aunque por bestia me emplumen
de ese percal tengo celos. (*Por el vestido*)
Que quiero sin mas tardar
nos una el cura á los dos...
(*De pronto con cortedad.*)
Digo si...
SOLED. (Gracias á Dios
que por fin ha roto á hablar.)
Por mí... yo aprecio su amor...
JULIAN. Pues entonces...
SOLED. Ya ve usté!...
JULIAN. Queriendo los dos...
SOLED. Si á fe...
JULIAN. (*De pronto, abrazándola.*)
Cuanto más pronto mejor.
SOLED. Ay! qué atrevido!
JULIAN. Ese es tipo
que hoy abunda mucho, y
esto lo he tomado asi

á manera de anticipo.
SOLED. Sin embargo... antes usté
no...
JULIAN. Deja de tratamiento.
SOLED. En apearle consiento.
JULIAN. Bien.
SOLED. Yo te tutearé.
JULIAN. Con que tú me quieres?
SOLED. Sí.
JULIAN. Pues ya que acabó mi pena,
dame otro abrazo, morena.
(*La abraza á tiempo que entra don Pedro por el foro.*)
PEDRO. No incomodarse por mí.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—DON PEDRO.—Luego EMILIA y DON FERNANDO.

SOLED. Ay!
PEDRO. Cuánta fraternidad!
JULIAN. Como los dos nos amamos
por eso nos abrazamos.
PEDRO. Pues viva la libertad!
¿Y por hombre tan ruin (*A Soledad.*)
has despreciado á un doctor?
SOLED. El es dueño de mi amor.
JULIAN. Y la quiero con buen fin.
PEDRO. Pues eso es lo principal.
Renuncio á tu amor, hermosa.
JULIAN. Pronto vas a ser mi esposa.
EMILIA. (*Saliendo.*) Yo soy madrina.
JULIAN. Cabal.
Y si mi amo quiere ser...
FERNAN. (*Entrando por el foro.*) Qué?
JULIAN. Padrino de mi boda
con Soledad.
FERNAN. (*Con alegría.*) Me acomoda
y en ello tendré un placer.
JULIAN. (*Bajo á don Fernando.*)
Señor, qué fué Soledad?
FERNAN. De ella, Julian, no sé nada;

dice su ama que es honrada.
JULIAN. Gracias. (Qué felicidad!)
FERNAN. (*A Emilia.*) Señora, usted enviudó
y yo tambien enviudé,
yo á mi difunta lloré
y usté al difunto lloró.
Mas con arreglo á la ley,
cuando muere un rey, es cierto
que se dice... — ¡El Rey ha muerto!
EMILIA. (*Dándole la mano.*) Don Fernando...
¡Viva el Rey!

FIN.

